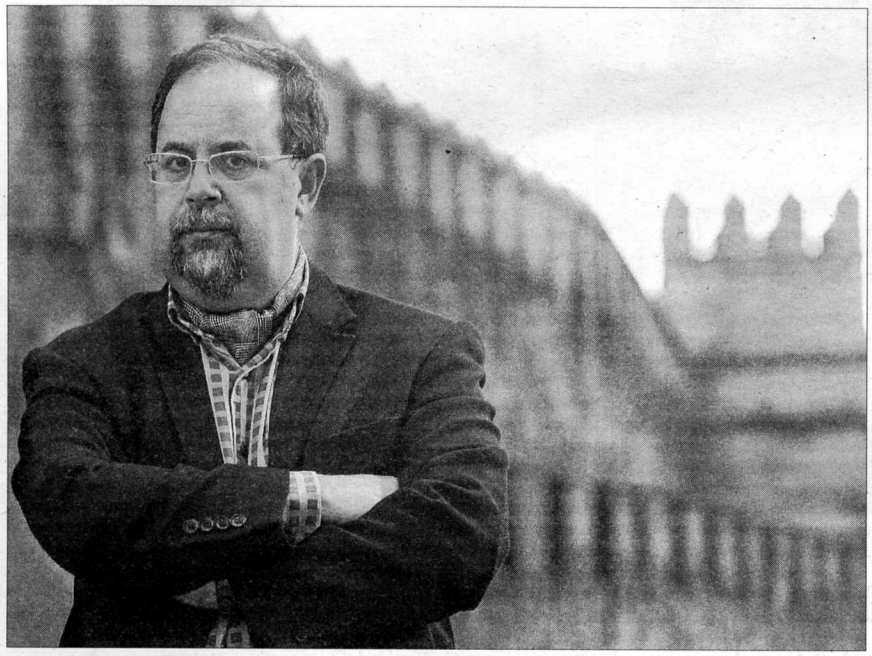
JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ ALCANTUD Antropólogo

«Granada vive bajo un 'fatum' trágico»

JUAN MARÍA RODRÍGUEZ / Sevilla

José Antonio González Alcantud (53 años) exhibe una impresionante hoja de servicios académicos: profesor de Antropología Social de la Universidad de Granada; pionero de los estudios etnográficos andaluces y fundador y director del Centro de Investigaciones Etnológicas Ángel Ganivet, hasta que el PSOE de Granada lo defenestró, vocal de diversos consejos andaluces de arte y patrimonio, experto en islamismo y autor de un sinfín de trabajos... Una montaña de rótulos y créditos que ocultan a un observador fino, heterodoxo e irónico que hace unos habló de memoria y nostalgia andalusí en la Cátedra al-Andalus de la Fundación Tres Culturas que dirige el profesor González-Ferrín.



CARLOS MÁRQUEZ

RESPUESTA.— Yo soy un hijo de la inquietud crítica del discurso sesentayochista. Participé activamente en los movimientos estudiantiles de la década de los setenta, milité en la izquierda revolucionaria, en Izquierda Comunista, que luego se fusionó con el Movimiento Comunista –con gente que luego siguió una carrera política: Cándida Martínez [diputada nacional del PSOE y ex consejera de Educación]; Fernando Martínez [antiguo alcalde de Almería]...– y, en fin, porque, como creo, junto a Walter Benjamín, que nunca decliné la razón crítica, pues me interesé por varias disciplinas... Quizás por eso no fui político, porque a mí me interesan más los problemas estructurales... Además, tuve la suerte de poder trabajar con gente como Márquez Villanueva y otros discípulos de Américo Castro.

PREGUNTA.— Usted es muy crítico con la identidad regional de Andalucía, tan rebosante, tan sobrada de identidad.

R.— Yo he sido heterodoxo, sí, y soy muy crítico con lo que dice, pero lo andaluz tiene una proyección mucho mayor, eh. Es un instrumento político que nos hermana con el Magreb y la diáspora. A mí me interesa más una identidad andaluza menos centrada en su afirmación y más centrada en su expansión.

P.— ¿Andalucía es víctima de su propio exceso de identidad?

R.— Sí, somos víctimas de eso. De hecho, Andalucía no tiene que preocuparse de su identidad. El gran problema del pueblo español ha sido el casticismo. España está siempre girando sobre sí misma desde el siglo XVII. Tiene que romper ese encapsulamiento volviéndose al exterior. Porque no tenemos nada que temer del exterior. Por eso me llama la atención que reivindicaciones como la formulada por el diputado Pérez Tapia a favor de la rehabilitación histórica de los moriscos no susciten la unanimidad lógica que el asunto requiere. El PP se opone a eso por razones espúreas. Eso son los fantasmas de la Historia. Aquí hay quien piensa todavía que el morisco no forma parte de la españolidad. Pero ellos son tan españoles como nosotros. Con todo lo que la inmigración ha traído, parece mentira que una cosa tan inocua todavía se pueda negar. Los moriscos deberían ser una pieza a favor, y no una amenaza, de nuestra política exterior.

P.— En el acantonamiento y enaltecimiento de la identidad andaluza, ¿qué papel ha jugado la autonomía?

R.— Sobre algunos sectores, como la sanidad y la educación, la autonomía ha sido positiva. Pero a raíz del auge de las demandas identitarias, se ha formado un galimatías que ahora nos lastra para salir de la crisis. Las duplicidades, los derroches..., todo eso es un coste y un error. Yo volvería a una tímida centralización.

> Llama la atención que la rehabilitación histórica de los moriscos no haya suscitado unanimidad

P.— Un hispanista del prestigio de Joseph Pérez me dijo hace poco que las autonomías habían renovado el viejo espíritu feudal.

R.— Hemos retornado al sistema clientelar. Y esto ha sido fatal. La autonomía no nos ha liberado del clientelismo. Al revés: éste se ha multiplicado peligrosamente. A mitad del XVIII, se produjo una situación similar en Sicilia: había bandolerismo, secuestros... Eso, hoy, es la mafia. Nosotros fuimos más sutiles, pero desde que la Costa del Sol ha ido acogiendo a gente muy peligrosa, esa presencia se trasladó luego a la vida política. El problema es cuando esas redes mafiosas crean otras autóctonas.

P.— Sí, pero ¿no es más inquietante aún el clientelismo político?

R.— Eso ha existido aquí como en todos lados. El PER no explica el clientelismo rural: esa ecuación es muy simple. El pueblo andaluz es muy sosegado, rara vez ofrece resistencia. En cierta forma, se dejó conquistar por los árabes o los franceses... Y el clientelismo ha existido aquí en el PSOE, por el manejo de más recursos, pero también en el PA (pienso en Juan Carlos Benavides), PP (La Carolina), incluso IU, con Sánchez Gordillo, que tiene sus propias redes.

P.— Demasiados nombres. ¿Síntoma de una sociedad no adulta?

R.— Sí, a Andalucía le falta madurez democrática. Falta autonomía y moral democrática. Aquí tenemos un déficit de ciudadanía. Democracias como la de EEUU o Francia, que yo he presenciado, siguen siendo modélicas en el sentido de que allí, cuando desborda la irritación, el que tenía algo que decir coge el micrófono y lo dice.

P.— ¿Y no fue la izquierda, de la que usted procede, la que teniendo más lazos con ella acabó fumigando a la sociedad civil?

R.— Desde la Restauración, no acabamos de entrar en la Modernidad. Hemos llegado a una postmodernidad estética, aparencial, con la que parecíamos sacudirnos las boinas y panas, pero entrar en la Modernidad, que significa ciudadanía, eso no lo hemos hecho de verdad. Aquí estamos casi para las Misiones Pedagógicas. Porque a la población hay que enseñarle que no debe tener miedo. Que la mansedumbre no lleva a ningún lado.

P.— ¿La autonomía ha potenciado el orientalismo andaluz?

R.— Hemos vuelto a un Al-Andalus orientalista, sí, fruto de una política de alfombra que ha potenciado la falsa fraternidad con el norte de África cuando, en realidad, no ha cambiado casi nada. El orientalismo se creó en España en el siglo XVII y nosotros hemos sido víctimas de esto. Seguimos sin ver al hombre real de Fez, no hemos conectado con él. Nos dividimos entre la élite y el inmigrante y con eso hemos hecho orientalismo (la seducción) y piedad (por las muertes): pero en medio se ha quedado el pequeño empresario, el hombre real. La piedad es humana, pero nos bloquea y, además, está potenciada mediáticamente. El que muere en la playa no es un señor muy pobre: es un universitario. Pero de este cuento vive mucha gente.

> Granada es muy cainita. Desde Lorca a Mariana Pineda, esa ciudad vive un drama local continuo

P.— El orientalismo no es inocente: responde a un interés turístico en el que se ha invertido mucho dinero público...

R.— ... ¡y porque no lo hay privado! Sí, promocionamos nuestros estereotipos: flamenco y orientalismo. Pero los románticos, cuando llegaban a Sevilla, se encontraban tres óperas italianas y francesas. Decían: «¡Y esto que me importa! ¡Yo quiero un tugurio!» No, a la identidad hay que dejarla sola. Igual que hay una especulación urbanística, también hay una especulación cultural que está viciando el flamenquismo saturando su oferta, con demasiado intervencionismo público, muy poca gente viviendo de él y mucha sin poder acceder a él porque está saturado. Todo se duplica, pero los problemas de fondo se disuelven en el fraccionamiento porque mientras en Europa dialogan las antinomias políticas, aquí todo es tirarse los tiestos a la cabeza. Domínguez Ortiz me dijo una vez: «No sé cómo en este país no nos degollamos mutuamente. Es tal el grado de violencia que soportamos la ciudadanía». Y era un hombre bueno y de paz.

P.— Uno diría que lo etnográfico no tiene prestigio en Andalucía...

R.— No hay respeto porque nosotros mismos no nos lo hemos ganado: un conjunto de aperos no es lo etnográfico. La antropología ha fracasado en toda España. Está enquistada en todos los vicios de la vida académica. Se ha asfixiado en su propio cristal, tiene unas bases pobres. ¿Cómo comparar a Levi-Strauss con nuestra antropología? Aquí no hemos influido en nada.

P.— Pues en Andalucía, justamente, lo local pesa mucho.

R.— Blas Infante tenía mucha razón cuando habló del poder de lo local. Esto tiene el lado negativo del campanario y las capillas y el positivo de lo patriótico. En Andalucía no desaparecen pueblos. La Alpujarra debería haberse deshabitado, como el Pirineo, y sin embargo no ha ocurrido. Pero la tensión de lo local tiene sus problemas, claro. En Granada dicen: «Sevilla se ha llevado la Alhambra». Pero si la gestionara el Ayuntamiento se caería, porque no tiene cómo. Ahora, con la crisis, hay que adoptar más medidas de Estado. Nuestro déficit ha sido la no formación de ciudades medias.

P.— ¿Qué le pasó en el Centro de Estudios Ángel Ganivet?

R.— Estuve 13 años y cesé de forma voluntaria. Aquello no tenía futuro. Triunfó la Andalucía rural, el mundo espeso de las vendettas... El PSOE que me defenestró fue el local, no el regional, que me apoyó en otros sitios, porque Granada es una ciudad muy cainita, que vive un continuo drama local, desde Lorca a Mariana Pineda... Antes de la Conquista, Granada ya estaba minada por la lucha intestina. Esto es un problema de largo aliento que ha trascendido todas las épocas. Ganivet, Pineda... toda una pléyade de exiliados internos se sintieron conscientes de un drama no escrito por ellos. Lorca fue tan consciente que por eso vivió apresuradamente. Sabía que la ciudad, como un coro griego, exige de sus héroes mártires periódicos...

P.— ¿Está hablando de una ciudad sometida a una suerte de inexorable «destino fatal»?

R.— Sí, hay un *fatum*, un destino trágico grabado en mármol. Granada asume su destino trágico. Ni lo regional ni lo nacional lo fagocita. Los dramas, en España, siempre son locales.